

La catequesis de los intensos

Ricardo Bergel

Prólogo

Me propongo transitar a través de la liturgia cristiana del rito continuo, un recorrido que nos va a poner frente a los excesos de Teodoro, personaje imaginario de esta historia. La celebración del rito continuo se lleva a cabo para atender con mayor facilidad a los casos peculiares en que, por enfermedad repentina o por otras causas, los fieles se encuentran de improviso en peligro de muerte. De esta manera se auxilia al enfermo con los sacramentos de la Penitencia, de la Unción y de la Eucaristía como Viático. El fiel cristiano, en su tránsito de esta vida a la eterna se alimenta con el Viático del Cuerpo y la Sangre de Cristo. O sea, con la Sagrada comunión (hostia y vino).

Intentaré hacer este recorrido a través de un ejercicio de invención y de descubrimiento ya que en mi experiencia personal no cuento, ni con práctica religiosa alguna ni tampoco con excesos que valgan la pena enumerar.

Entiendo que discurrir sobre algo bien puede tener consecuencias sobre el plano de lo concreto, que muchas veces es el mundo de las palabras el que ha creado el mundo de lo tangible, pero entiendo también que éste no será el caso.

Enuncio los desórdenes de Teodoro, les sigo la pista, me permito hacer una historia con ellos de protagonistas, los nombro, como fuerza de verdad que se manifiesta en criminalidad extrema para algunos, simple delincuencia común para otros. Será necesario tener en claro que las cosas que aquí se escriban llevan en ellas mismas un potente germen destructor. Al momento intenso se pretende mostrarlo sólo una vez y solamente para que luego quede viviendo una vida totalmente ajena a la mía.

Desde el aséptico ejercicio literario me aproximo al momento intenso como la palabra que se interroga sobre el enigma de su propia existencia. La aventura literaria se presenta como única vía que me permitirá entonces explorar todos estos laberintos de lazos sociales y dramas singulares de subjetividad.

Sólo desde ella me es posible, puesto que me resulta impracticable escapar al reinado de una razón que regula en su espacio todas las posibles manifestaciones de la fuerzas destructivas presentes en el hombre.

La doctrina cristiana fue durante mucho tiempo el recurso de todo pensamiento y de toda existencia verdadera. Su actual repliegue ¿nos permite aventurarnos a buscar otros sistemas simbólicos que sean capaces de hacerse cargo de la dimensión enigmática del mal? La historia que nos ocupará pretende mostrar entonces qué cabida pueden tener teorías que procuran crear sentidos a partir de ópticas descentradas. Indagaciones que persigan ensalzar conductas que van más allá del límite de lo tolerado, y examinen qué posibilidad (esto más interesante que lo primero) existiría de concebirlas, además, como apetecibles.

El problema de la transgresión nos remite directamente al problema del perdón; el engranaje falta-perdón se mueve por excelencia en el ámbito de las relaciones del hombre con la moralidad que lo regula. El uso que se pretende dar aquí al término moral referirá exclusivamente al campo de la costumbre. Lo moral designa en el contexto que propongo un comportamiento, que, individual o colectivo, para ser calificado como tal debe estar orientado en relación a un valor. Éste permite la apropiación de un esquema que nos posibilita comprender, reconocer y apreciar conductas de los miembros que comparten estándares evaluativos comunes.

Entiendo por moralidad la obediencia a un conjunto de reglas que rigen para nosotros las formas de obrar en sociedad. Especie de condicionamientos que encontramos en las raíces mismas de nuestros juicios, obligaciones que cristalizan en nociones esenciales que dominan gran parte de nuestra vida y que están destinadas a suscitar y mantener ciertos estados mentales. Estados mentales que se ven apuntalados por el peso de la autoridad de una tradición que sabe manipular, en escala a convenir, el ingenuo ejercicio de convicciones subjetivas. Entiendo que casi todo el mundo actúa y piensa a la vez. Intuyo que la forma que tiene la gente de actuar o reaccionar está ligada a su forma de pensar, y como es lógico, el pensamiento está ligado a la tradición. Entonces, ¿podemos concebir como factible la posibilidad de analizar las cosas fuera de toda sujeción antropológica?

La respuesta de algunos ha consistido en el intento de enseñar a la gente que es mucho más libre de lo que siente. Ha consistido en alertarla que acepta como evidencia algunos temas que han sido constituidos durante cierto momento de la historia. Ha consistido, en último término, a invitarla a criticar y destruir esas pretendidas evidencias.

Planteado el problema de esta forma, podría pensarse a un hombre avasallado y con muchos problemas para lograr autonomía. Es este término fundamental para entender el fenómeno moral. Autónomo, literalmente, sería aquel sujeto que se libera de la tutela de la autoridad de los poderes tradicionales y que se atreve a pensar, a legislar, a gozar y a crear por sí mismo, sin más restricción que aquellas inhibiciones que surjan del necesario y problemático respeto entre los sujetos.

En este sentido sostengo que a las sociedades que creen no estar gobernadas por verdades trascendentes les falta inventar formas simbólicas capaces de inscribir en forma duradera y para todos, un pensamiento que conciba modelos de resistencia y de disolución efectiva de la tradición que lo sujeta. (Por “verdades trascendentes” entiéndase “cosmogonías religiosas” concebidas como minuciosas formas de persuasión).

La solución aparentemente estaría en percibir que cuando decimos que cada cual es libre de buscar sus verdades y a su manera, la autonomía se entiende ante todo, no como un estado, sino como una facultad que hay que ejercer, pues nadie es autónomo, sino que se hace autónomo y esto, tanto en la actividad corporal como en la esfera del pensamiento.

La autonomía, supongo yo, en el proyecto moderno está lejos de ser alcanzada, ¿o acaso podemos imaginar a un sujeto totalmente desvinculado de los lazos sociales que lo constituyen? ¿Puede emerger un sujeto que no sólo no pretende descubrir qué cosa es, sino que propone rechazar lo que percibe que es? ¿Resulta factible imaginar y construir lo que “podríamos” ser a partir de una ardua investigación que nos muestre cómo hemos sido inducidos a actuar sobre nosotros mismos? (Investigación que pretendería advertirme cómo he sido persuadido a observarme a mí mismo, a descifrarme y a reconocerme como un objeto de saber. Saber que paradójicamente, lejos de propiciar desarrollos, me sujeta a una existencia muy reglamentada).

Habrá que entender al sueño moderno no como el sueño de una autonomía total y solitaria, sino como un intento de crear cierto entretejido de relaciones intersubjetivas que respeten algunas libertades de los individuos.

Libertades que se pueden cristalizar en el desarrollo de cierta capacidad para reflexionar sobre preferencias, deseos, apetencias, creencias y capacidad (muy importante) de aceptarlas o intentar cambiarlas a la luz de valores de orden superior. Difícilmente pueda ser autónoma aquella persona que sea esclava de sus pasiones o viva en permanente conflicto entre preferencias contradictorias. Estas libertades pueden concretarse también en una

especie de superación del punto de vista egocéntrico, capacidad de situarse en un punto de vista general, desinteresado de lo propio y estrechamente vinculado al interés general aún cuando se podría hacer lo contrario.

Enfrentando a esta autovinculación, otra posibilidad que se enuncia como factible es la práctica (a mi parecer ya no muy realizable por el humano) de crear con una vida una obra de arte, lo autónomo como ética individual que rechaza someterse a cualquier clase de normas, ya sean consensuadas, contractuales o a priori.

Concibo tan difícil esto último porque esta pretensión se bate con toda la educación cristiana que propaga como imposible el proyecto de vivir regido por una ética del ocuparse de uno mismo. Ideal que, al rechazar el mandato esencial de renunciar a uno mismo, será considerado indefectiblemente la raíz misma del escándalo. Somos herederos de una tradición que convierte la renuncia en principio de salvación.

En esta cuestión de la autonomía también servirá percibir que sólo raras veces en la historia se ha llegado, como hoy, al despliegue de una cultura determinada por el hombre que ha logrado hacer verosímil la pretensión de su independencia y ocultar su relación con poderes del más allá.

Por más allá definimos a los espacios de producción de sentidos situados fuera de lo inmanente. Mencionemos solamente a la culpa, porción infame de la cultura cristiana, especie de bola de hierro que llevaban los presos para no poder darse a la fuga. ¿Podemos darnos a la fuga? Somos más libres de lo que suponemos, existen muchas cosas con las que podríamos romper. Pero, ¿Podemos darnos a la fuga?.

Nos sentiríamos culpables, tenemos una gran inclinación a sentirnos culpables. El que ha hecho algo que considera prohibido, el que ha transgredido la norma, el que ha roto el tabú, el que no ha hecho algo que considera obligatorio, se siente culpable. La culpa es una figura internalizada, es la autoridad despótica de la conciencia dominada por la ley moral, producto de la digestión de creencias, valores y normas sociales-religiosas. La culpa obliga al individuo a efectuar sobre su cuerpo, su alma, sus pensamientos y sus conductas, una transformación con el fin de alcanzar un estado de pureza que lo hace feliz porque le promete inmortalidad.

Participamos entonces de lo moral, dándole validez a sus preceptos no porque sean verdaderos en el sentido empírico y comprobable, sino sintiéndonos culpables si dejamos de acatarlos.

El legado cristiano a occidente ha sido una marcada dependencia a una figura central: Dios único y creador de todo, Padre que se encarna para

redimir y modificar el curso de la historia. Si bien la figura de Cristo se encarnará como horror y angustia en la crucifixión, la fuerza del mal se resolverá a partir de ese fundamental acontecimiento con la dialéctica falta-perdón. Se elabora todo un aparato conceptual que entiende al sujeto como alguien que se juega constantemente en la repetición de la primera falta y en la gloria que le espera con la resurrección.

Se consolida, entonces, una doctrina que encuentra al hombre como sujeto pecador, obsesionado por el enigma del mal pero, a la vez, con la tranquilidad de una respuesta que ha sabido dar a su angustia, la sutil teoría del hombre concebido como imagen de Dios y a quien se le ha prometido la restitución de su antigua perfección.

En este siglo sin Dios, el ámbito de lo religioso se ve enfrascado en una lucha constante por instituir su validez y su alcance ante un frente de poderes que se presentan como poderes estatales, como ideas artísticas, científicas, sociales o políticas. Nuestra tradición histórica nunca fue determinada por lo puramente religioso ni tampoco por la pura lógica de una cultura netamente mundana.

Creo poder concluir que nunca podremos entenderla sino a partir del eco de la trascendencia a la que se delimita. Trascendencia que obliga al hombre a tomar partido, ya sea creyendo en ella o dudando de ella. El hombre que no está obligado a creer en Dios, tampoco es capaz de retroceder hacia su mundo terrenal y vivir sin trascendencia.

Transita entonces por un camino que va desde el inmanentismo (en donde cada vez le cuesta más encontrar respuestas) al ensueño ya inimaginable, y menos aún realizable, de la existencia de un Juez superior en donde poder descargar tensiones y responsabilidades.

Jugar a partir de formas de ser que pueden pensarse, explorar la experiencia en su negatividad, explorar aspectos de la existencia humana que "parecen" desafiar la comprensión racional. Hablo aquí de algo muy parecido al mal radical, que surge como evidencia de algo extraño y amenazador que experimentamos y que desde nuestro interior puede quebrantarnos hasta el punto de poder arrancarnos de nuestra propia cohesión.

Hablo aquí de ese enigma que persiste en el corazón del hombre, al que los griegos llamaron la violencia de la até (ceguera del alma, locura, falta, crimen, mentira, ruina, desgracia, dolor) y de la hybris (desmesura, exceso, orgullo, altanería, insolencia, soberbia, impetuosidad, arrebató, ultraje, violencia, desenfreno, injuria). Interrogante al que los judíos respondieron con el misterio de la iniquidad, el Marqués con la ferocidad de la naturaleza y

otros, sencillamente, con la noche oscura del corazón, o con un lugar en donde mora el horror y la angustia, en donde hallándose al borde de sí mismo, el hombre advierte y comprende la proximidad irrefragable de algo que puede abolirlo.

Busco sondear entonces “eso” que sobresalta y desconcierta, especie de mística experiencia de la cual quizás no emergeríamos. Experiencia que propone que, contra las virtudes que inculcan los psiquiatras, optemos por la transgresión que desata el vicio; contra la bondad filantrópica, optemos por la crueldad vengativa; contra la dócil animalidad, optemos por un deseo hirviente de sensación corporal sin que importe cuán doloroso o autodestructivo sea.

Pretendo mostrar cómo en la médula del deseo de Teodoro hay una parte atroz que es la del goce brutal; pretendo mostrar el deleite que siente con el ultraje inferido a la inocencia en la forma extrema de la violación, en lo ilimitado de sus torturas, o en la violencia de sus crímenes.

¿Qué es lo que uno debe ser capaz de saber sobre sí mismo para desear renunciar a algo (o a todo)? El hombre ha descubierto algo muy doloroso acerca de sí mismo, y ese saber es tan intenso e inconmensurable como el deseo de renunciar a “eso” que descubrió.

Pretendo contagiar la desesperación de un sujeto libertino que no cree en nada y no apela a nada más allá de la inminencia de lo horrible. Secreto y fuerza de la llamada insurrección perpetua, discurso de una pesadilla que presenta al horror desnudo como realización de un goce siempre ávido de destrucción.

“ Si está enfermo alguno de vosotros, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración que nace de la fe salvará al enfermo, el Señor lo aliviará, y si tuviera pecados, le serán perdonados”.

(Sant. 5, 14-15)

Justa Jorgelina Jiavenni, de confesión cristiana apostólica y romana, adherente a la obra de las hermanas Adoratrices y de profesión enfermera, supo que había llegado el momento. Decidida salió a buscar al padre Nicolás, párroco de la Iglesia de Nuestro Sagrado Corazón Sangrante de Jesús de Nazaret.

Muy apurada recorrió el trayecto que separaba la casa de la iglesia. Era consciente de que la renovación por la conversión era fundamental para el

Sr. Teodoro, de familia cristiana, apostólica y romana, de profesión militar y protagonista de esta historia.

Ella, que había escuchado al párroco decir que “la conversión es una realidad verificable e interior, concreta y misteriosa, humana, cristiana y salvífica central, y que aquel que quiera convertirse desde el fondo de su corazón podrá hacerlo porque ella expresa originalmente el encuentro del hombre con Dios, y que es una opción que decide sobre la orientación de la propia vida, removiéndola desde su pasado, en el presente —urgente y para el futuro”, intuía que los últimos momentos de Teodoro debían estar destinados a buscar la paz del Señor.

El Sr. Teodoro ha llegado a ese instante fatal en que el velo de la ilusión se desgarrar para enfrentar al hombre extraviado en el cruel espectáculo de sus errores y de sus vicios.

Si se arrepiente de los reiterados desórdenes a los que lo han conducido sus debilidades, podrá aprovechar el poco tiempo que le queda para obtener del cielo la absolución general de sus pecados; sólo por intermedio del muy Santo Sacramento de la Penitencia le será posible obtenerla del Eterno.

El Sr. Teodoro, de familia cristiana, apostólica y romana, de profesión militar y protagonista de esta historia ha vivido sus últimos años en una humilde vivienda, de un humilde barrio y con una tan humilde como falsa identidad, “soy jubilado metalúrgico” le dice a sus vecinos.

Ella entiende que a través de la Liturgia ejerce la Iglesia su obra de redención y por ella los fieles logran establecer lazos de comunión con el Padre, por Jesucristo, en el amor del Espíritu Santo.

Ella cree que el Señor se hace realmente presente en las acciones litúrgicas, ejerciendo su sacerdocio de mediación; santificación que da el Padre a los hombres y alabanza de los hombres a Dios. También cree que la liturgia si bien no agota la vida de la Iglesia, ni tampoco por lejos su actividad, es la cumbre y la fuente hacia donde van y de donde provienen, en su ser y en su obrar, los cristianos.

Ella entiende que los ritos hacen visibles sentimientos interiores, como la adoración, la solicitud por la intimidad con Dios, la confesión del pecado, el deseo del perdón; pero también advierte muy bien el peligro que existe siempre, allí donde subsiste la tentación de apegarse al rito descuidando el signo. Los profetas condenan las falsificaciones.

Ella sabe que la Penitencia y la Extremaunción hacen frente a la fragilidad y a la malicia del humano mortal. Ella sabe también que ante la necesidad de completar lo que falta de la Pasión del Señor, la Penitencia es obsequiada como el punto de encuentro entre la misericordia de Dios y la miseria de los hombres. Probar el sufrimiento, demostrar la vergüenza, hacer visible la humildad, éstos deben ser los rasgos principales de la penitencia. Y sabe también que la Unción de los enfermos dará consuelo al cuerpo y al espíritu en momentos en que la debilidad corporal hace palpar de cerca cuán relativo es el hombre frente a la fuerza de Dios.

Ella también sabe que en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, si sufre un miembro, todos los demás sufren con él, sabe por eso que se tiene en gran estima la misericordia hacia los enfermos y las llamadas obras de caridad y de ayuda mutua para aliviar las innumerables necesidades humanas. También sabe, porque desde niña se lo remarcaron sus devotas tías, que a los familiares y a los que por cualquier razón asisten a los indispuestos corresponde ayudarlos con conversaciones llenas de fe. Y cuando se agrava la enfermedad les atañe a ellos avisar al párroco, y preparar al enfermo con la debida prudencia y caridad, para que se disponga a recibir los sacramentos en el momento oportuno.

Justa, cabe aquí aclarar, fue la discípula preferida de la hermana Ecicolia Gitie. Esta última se destacó entre todas las mujeres de su época, ávida lectora, llegó a niveles alarmantes de independencia intelectual. Fue Ecicolia Gitie quien confutó en menos de cuarenta y ocho horas las tesis de setenta y siete filósofos paganos, filósofos que luego se convirtieron al cristianismo. Fue Ecicolia Gitie quien educó a Justa Jorgelina. Entiéndase entonces el legado que recibió. Entiéndase también que la iluminada no fue la enfermera sino su maestra.

Ella de regreso a la casa del señor Teodoro escucha al padre Nicolás, que le dice: "Los dolores y enfermedades se han considerado siempre entre los más grandes problemas que angustian la conciencia de los hombres. Pero los que profesan la fe cristiana, aunque los padecen y experimentan de la misma manera, sin embargo, iluminados por la fe, penetran más profundamente en el misterio del dolor y sobrellevan los mismos padecimientos con mayor fortaleza. Los sacerdotes deben tener en cuenta que cuando celebran los sacramentos de los enfermos, deben fomentar en éstos y en todos los asistentes la esperanza y la fe en Cristo muerto y resucitado; deben manifestar en clara forma la amorosa solicitud de la Santa Madre Iglesia y

deben, por sobre todo otro propósito consolarlos en la fe. Así, darán alivio a los creyentes, a la vez que impulsarán en todos el deseo de los bienes eternos. Porque, por las palabras de Cristo, no sólo comprenden qué significa y cuánto contribuye la enfermedad para la propia salvación y la del mundo entero, sino que, además, saben perfectamente que, cuando están enfermos, son amados por el mismo Cristo que, durante su vida, frecuentemente visitó y sanó enfermos.

Aún cuando la enfermedad está íntimamente unida con la condición del hombre pecador, sin embargo no debe considerarse de ordinario como un castigo por el cual cada uno expía sus pecados.

Nadie se queje de dolores y enfermedades, nadie. No son sino una leve y pasajera tribulación si se compara con el enorme peso de la gloria que se prepara.

El cristiano sabe que Cristo debía sufrir para entrar en su gloria, entonces qué menos que soportar con constancia las pruebas y las persecuciones, debe soportarlas con la esperanza de la salvación al retorno glorioso con Jesús, y sabe que así, con sus sufrimientos y con su paciencia, coopera con el Salvador.

Claro, demás está que yo lo diga, siempre que no se caiga en alguna perversión.”

Ella fiel a su formación, entiende que es San Pablo quien realmente ha otorgado coherencia lógica a la doctrina al enseñar que, siendo la vida cristiana esencialmente una vida de unión mística total con Cristo, debe haber resurrección del creyente puesto que ha habido resurrección de Cristo (“En Adán todos son mortales; en Cristo, todos recobran la vida”, I, Cor., XV, 22) Es también él quien ha precisado la delicada cuestión, apenas si evocada por Jesús, de saber “con qué cuerpo retornarán” (ibid., 35) : el cuerpo que ha desaparecido en la tumba era tierra, polvo, débil, animal, corruptible . . . ; el cuerpo que se levantará en la resurrección será ciertamente un cuerpo carnal –pero “transformado” (ibid., 52), devendrá celeste, inmortal, fuerte, glorioso. Ella conoce que “delante de Él serán reunidas todas las naciones y Él separará las unas de las otras como el pastor separa las ovejas de los cabritos”, después de lo cual, “el Rey dirá a los de la derecha: entrad en posesión del reino que he estado preparando para vosotros a partir del origen del mundo. . . ; y a los de la izquierda: marchad hacia el fuego eterno preparado por el Diablo y sus ángeles” (Mateo, XXIV y XXV)

¿Sobre qué base se establecerá esta distinción? Se preguntaba Justa en su adolescencia temprana.

Conforme a la enseñanza de Cristo, le remarcaban. Y de acuerdo a un criterio moral que nunca se nutre, ni con los Apocalipsis apócrifos de los primeros siglos cristianos, ni tampoco con la Divina Comedia. (en donde son numerosas y concordantes las pinturas acerca de quiénes habitan las regiones infernales: brujas, traidores, malos sacerdotes, fraticidas, libertinos, proxenetes, estafadores).

La distinción se realizará teniendo en cuenta que ni la iglesia católica ni el protestantismo han establecido de manera estricta la lista formal de las faltas que implican la condenación. Por lo tanto, la gravedad de un acto depende esencialmente de la actitud interior, y nadie —excepto Dios— puede estar plenamente instruido acerca de las circunstancias escondidas tras el pecado, ni tampoco si el pecador se ha arrepentido en su fuero íntimo en su último aliento.

(Piensa Teodoro en su lecho de muerte) El hombre soberano será ahora un hombre que destruye las quimeras perjudiciales para el género humano con la intención de conducirlo de nuevo a la naturaleza, a la experiencia y a la razón. El hombre soberano nunca precisará, para explicar los fenómenos del universo y las operaciones de la naturaleza, imaginar ningún tipo de potencias ideales, inteligencias imaginarias o seres racionales, que lejos de hacer más comprensible esta naturaleza no hacen sino convertirla en algo caprichoso, inexplicable, desconocido e inútil para la felicidad de los humanos. Es absurdo, piensa, querer entender las formas de la vida externa mediante la procesión de espíritus, dioses y demonios por más que los hombres se sientan atraídos a ello.

Una vez en la casa, y antes de tomar contacto con el enfermo, Nicolás se informa del estado del convaleciente, de esta forma dispone mentalmente la celebración de los sacramentos, los pormenores del rito: lecturas, oraciones, si debe o no celebrar misa para administrar el Viático. Debe hacerlo solo, al no poder convenir, — como lo mandan los manuales, con el enfermo o con sus familiares. Una vez realizado todo este razonamiento se dispone a ingresar a la habitación de Teodoro, para él desconocido. Finalmente se acerca al enfermo con vestimenta y gestos apropiados, saluda cordialmente, e invita a Justa a que haga con él la señal de la cruz, “Paz a esta casa y a todos sus moradores”.

Luego, al considerarlo oportuno rocía al enfermo y a la habitación con agua bendita, mientras murmura: “que esta agua nos recuerde nuestro bautismo y a Cristo que por nosotros y por nuestra salvación murió y resucitó”.

Mirando a Justa Jorgelina Jiavenni, de confesión cristiana apostólica y romana, adherente a la obra de las hermanas Adoratrices y de profesión enfermera, se dispone el padre Nicolás a reflexionar en voz alta y con tono admonitorio para que escuche Teodoro: “Dios, fuente de toda bondad y clemencia, concede a tu hijo Teodoro el espíritu de penitencia y de confianza filial, para que al pedir tu perdón confiese sinceramente sus pecados. Te pedimos que vigorices en esta celebración nuestra comunión contigo para que podamos servirte mejor. Por Cristo nuestro Señor. Perdona a los hombres ingratos e indolentes, que, gozando de buena salud y de otros bienes, te ignoran. Ellos también tendrán que advertir, en tiempo de enfermedad, que todo eso era un gran don de Dios. Señor, permite que la enfermedad sirva para probar nuestra fe; y permite también que nuestros padecimientos, soportados en comunión con los de Cristo, puedan tener un gran valor para nosotros y para la iglesia de Dios.

Así, pues, el tiempo de la enfermedad no es inútil ni carente de sentido, sino que, para quienes lo aceptan con recta disposición, se convierte en tiempo de gracia”

Mirando profundamente los ojos de Teodoro, el padre Nicolás dice en forma concluyente: “Siempre ofendemos a Dios y necesitamos su perdón: recordemos ahora nuestras faltas y manifestemos nuestro arrepentimiento. ¿Has confiado en la bondad y en la providencia de Dios también en los días de aflicción y enfermedad? ¿Te has dejado llevar por la amargura, la desesperación o por pensamientos y deseos malos? ¿Has utilizado el tiempo de inactividad para examinar tu vida y dialogar con Dios? ¿Has aprovechado la enfermedad y los padecimientos de otros o tuyos para entrar en comunión con los padecimientos de Cristo? ¿Estás persuadido de que, como lo dice la fe, los dolores tolerados con paciencia, contribuyen grandemente al bien de la Iglesia? ¿Estás arrepentido de culpas pasadas?

(Teodoro lee de un pequeño manual) “Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ti, hermano, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen, a los Ange-

les, a los Santos y a vosotros hermanos, que intercedáis por mi ante Dios, nuestro Señor”

Justa Jorgelina Jiavenni entiende que el hombre y la mujer por naturaleza poseen la capacidad de ir más allá de este mundo finito y de descubrir la revelación de un supremo ser salvador, a través de la concepción reflexiva y de la experiencia creyente. Entiende, pero no muy claramente, que esta libertad hacia Dios a la vez incluye la libertad de no percibir el llamado.

Justa Jorgelina Jiavenni no pudo nunca entender que así como el hombre no está obligado a creer en Dios, así tampoco es capaz de retroceder hacia su mundo terrenal y de vivir sin trascendencia. Tampoco pudo aceptar que aún en su mundo terrenal el hombre sin Dios no puede ocultarse a sí mismo el espectro de un ser supremo de validez final. A ella le hicieron entender que el hombre conquista su libertad de negar a Dios a cambio de tener que poblar su mundo con ídolos y fantasmas.

También insistió mucho su educadora y durante toda su instrucción religiosa, que es lo racional y su carácter calculador, más que ninguna otra manifestación de la vida, lo que ha fortificado tanto la pretensión de la época moderna de hallarse liberada de todo lo religioso y de estar arraigada en lo puramente mundano. Le enseñó también que estas fuerzas racionales no se localizan en ningún campo de la vida, sino que forman un compendio de postulados dogmáticos y conocimientos científicos, de experiencias prácticas y esperanzas vitales que sólo tienen en común el origen en una razón fríamente calculadora y la esperanza de un orden universal mejor, basado en la libertad, la razón y el bienestar, y que debe ser protegido por tales baluartes.

El padre Nicolás entiende que aquí la clave para una buena confesión, teniendo en cuenta que el ánimo del enfermo es hablar, es lograr que lo haga con todos los detalles posibles, por más inverosímiles que parezcan; intuye que debe ejercer un poder cabal que pregunta, vigila, acecha, espía, excava, palpa y saca a la luz, un poder que no permite al otro escapar, enganar o desnaturalizar.

El padre Nicolás, más de una vez ha tenido que discutir que no había nada de perverso en ello, y concluía sus discusiones con su ya célebre frase: “el pecado verbalizado, nombrado, es espacio de la comunicación feliz, el pecado es lo que se absorbe en y por la palabra pronunciada”. “Al cristianismo, dice orgulloso, le debemos esta hermenéutica que nos permite des-

cubrir y decir las verdades acerca de nosotros mismos, le debemos esa hermosa costumbre, expresión dramática por parte del penitente de poder exhibir su estatus de pecador, exhibirlo en dominio público, le debemos la costumbre de la verbalización continua. Cada persona tiene el deber de saber quién es, esto es, de intentar saber qué es lo que está pasando dentro de sí, de admitir faltas, reconocer las tentaciones, localizar los deseos, y cada cual está obligado a revelar estas cosas o bien a Dios, o bien a la comunidad, y, por lo tanto, de admitir el testimonio público o privado sobre sí. Sólo cuando se ha confesado verbalmente y junto con la palabra pronunciada sale el demonio. La confesión es la marca de la verdad. ¡Ah! Es mentira que la idea de la verbalización permanente sea un ideal. Es mentira que el precio de la expresión verbal permanente sea convertir en pecaminoso todo aquello que no pueda ser expresado. Pensamientos ocultos e impurezas interiores, profundas e insondables para muchos, son pulverizadas con una sentida confesión”.

Ella sabe que la ineptitud para el perdón caracteriza lo moderno, todos los ataques contra el cristianismo encuentran allí su raíz.

Ella tampoco desconoce que la absolución católica tras la confesión es, por supuesto, un momento capital en la historia. Que siempre se corre el riesgo de descargar al sujeto del esfuerzo que le corresponde para encontrar él mismo las vías específicas de su reestructuración, eligiendo la facilidad de delegar en una instancia superior que, más que perdonar, borra pura y simplemente, quedando el infame pecador cobijado bajo una pereza que roza a la perversión: si el Otro me descarga de mi abyección, puedo permanecer en la insensatez, ya que goza y piensa en mi lugar.

Ella tiene muy en claro, tía Encarnación supo explicárselo muy bien, que “lo principal del perdón consiste en devolver sentidos y vida a aquel que expresa el deseo de empezar de nuevo”. Justa Jorgelina ha podido entender algo que es muy difícil siquiera aceptar, que las cuestiones que abre este perdón en la sociedad del intercambio de las deudas y del espectáculo generalizado, son las de la responsabilidad de los individuos y que sólo se puede apostar a ello creando espacios fuera del tiempo, fuera del espectáculo y fuera del intercambio, espacios en los que el tiempo del humano pecador pueda develarse sin miedos a represalias, espacios en los que pueda ser acogido por alguien que sabe escuchar sin descalificar, espacios que podrán abrir la posibilidad de un nuevo comienzo.

(Balbuca Teodoro) “Los aplastacabezas fueron los más exitosos de todos los métodos de tormentos que utilizamos. Aunque digámoslo claramente, los usábamos cuando la muerte era irrevocable. Por eso lo llamábamos la guillotina. ¡Sangre y espectáculo! La barbilla de la víctima tenía que ser prolijamente colocada en la barra inferior y el casquete, una vez ajustado al tamaño del cráneo del revoltoso, debía ser empujado hacia abajo por el tornillo... Primero gritaba, vaya cómo gritaba, obvio, se destrozaban sus dientes, y después, mucho después, cuando lo disponía el jefe del operativo (a veces llegaba a ser un día entero) era el turno de las mandíbulas, hasta aquí, estaba vivo. Moría el subversivo cuando se deshacía su quijada. A esa altura el cerebro se le escurría por la cavidad de los ojos y entre los fragmentos del cráneo. Hubo un sargento, no recuerdo hoy su gracia, que descubrió que cuando, casquete y barra inferior estaban debidamente acondicionados con impecable acolchado no dejaban huellas, para el caso remoto en que la víctima finalmente no tuviera que ser muerta. Nosotros a la tortura le incorporamos electrónica, farmacología y psico-neurología.

En mí, encarnó una síntesis singularísima del dispositivo de la sangre y el dispositivo moderno de la norma y del poder sobre la vida”.

(Nicolás) “¿Nunca pensaste que la tortura los conducía a la inhumanidad tanto a las víctimas como a ti mismo?. Lejos de las miradas del mundo y en una autosuficiencia radical, en un aislamiento psíquico y geográfico propicio para desarrollar las peores posibilidades te hundías junto a tus torturados.

Ferozmente encerrado en tí mismo, en el adentro de una subjetividad demente que no admite ninguna alteridad te hundías junto a tus torturados, te hundías en la bajeza, en la inhumanidad. Debes saber que la tortura, primero se extravía en las mentes perturbadas de quienes las administran, y luego terminan en una tortura absoluta, intemporal y metafísica que cede al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que malogró el verdugo al practicarla. ¿Nunca pensaste que ambos se convertían en perdedores? Él porque hablaba, cedía, delataba o sea, traicionaba. Tú porque torturando asumías la figura del artesano del dolor instrumental”.

(Teodoro encendido) “¿Pero por qué y con tanta facilidad considera la tortura como algo inhumano, indigno del hombre? Yo la asumo, tengo que asumirla, me nace asumirla como un fenómeno esencialmente humano: (ex

clama) “goza, amigo mío, goza y no juzgues...goza, te digo, abandona a la naturaleza el cuidado de impulsarte a su gusto” ¿Acaso no percibe ante cualquier acto de crueldad una especie de fascinación que revela que ahí se manifiesta algo que tiene que ver con lo esencial?.

La crueldad fascina y la mirada se deja atrapar cuando no quiere mirar. Se deja atrapar en el juego de una violenta seducción. La crueldad es encantadora. La crueldad nos introduce a la experiencia de la intimidad dolorosa, especie de antítesis de la piedad. La crueldad como penetración de la carne por desgarramiento previo de la piel, oculta una experiencia metafísica y pone en juego la existencia como tal. Nos permite comprobar a cada instante que el hombre es un ser sensible. Por eso la crueldad ejercida al hombre es mucho más reveladora que la practicada al animal. La crueldad se abre a la experiencia violenta de lo sagrado cuyo lugar de prueba es el cuerpo. En él se oculta el gran secreto, yo siempre estuve dispuesto a asumir el gran combate: después que el hueso ha sido quebrado, la piel cortada, mucha sangre ha sido derramada, aún hay que seguir buscando, en lo mas recóndito del vientre flagelado puede estar el gran secreto. O quizás más allá. Lo mejor, es descubrir que la crueldad extrema, es lo infinito de esa búsqueda. La crueldad es la consecuencia de un imperativo inscrito en un verbo al que el hombre está obligado a someterse: buscar.

Esa búsqueda se orienta hacia el otro. Yo gocé con el sufrimiento, me reconozco disfrutando de esa faceta, la de gozar con y en el dolor ajeno. Sé que mis palabras escandalizan, ya me acostumbré a ello. Pero más tendría que escandalizar la pretensión del pensador que se entrega a la tentativa de eliminar la crueldad del orden humano. La crueldad pasa por una realidad estrictamente humana: el animal sin conciencia ni libre albedrío, no puede ser considerado cruel, la bestia feroz obedece a su instinto, sin sentir placer al ver ni al hacer sufrir ¿Por qué la crueldad es denunciada siempre, o como bestialidad, con lo cual se nos remite extrañamente a la animalidad — lo que nos hace pensar que los hombres crueles no son hombres sino animales- o bien es vista como síntoma de alguna patología y en cuanto tal, se lo ubica fuera de lo que realmente pertenece a la naturaleza humana? Son raros los hombres que han hecho de la crueldad un componente de la naturaleza humana.

(Continúa Teodoro) “Raquel Rodeen, ¡Cómo olvidar ese nombre! Una chiquilla de catorce años, la levantamos en un operativo junto con su madre, lo recuerdo muy bien porque fue aquel día glorioso en el que golemos a los peruanos. Raquel Rodeen blanca y hermosa como un amorcillo; la

pobre criatura, lloraba a lágrima viva, demasiado sabedora de lo que le esperaba; desde un principio, imploró mi gracia, se arrojó a mis pies; pero yo, inflexible, le dispensé en medio de mi severidad las primeras resplandecencias de mi placer. Muy agitado le amarré las manos, las até arriba, a una argolla fijada en una columna situada en medio del cuarto destinado a los escarmientos.

Indefensa, su hermosa cabeza lánguidamente vuelta hacia mí, su cabellera en desorden, muchas lágrimas y gemidos. ¡Cómo me excitó la escena! ¡Cómo me encendió aquel drama! Coloqué una venda en los ojos de la niña, y luego, más a mis anchas aparté los velos del pudor ¡qué blancuras, qué bellezas! Me exaltó y me enaltecí en aquel momento saberme capaz de condenar a la tortura a una criatura tan lozana. Finalmente desaté enardecido todo mi furor, al principio lo expresé mediante diatribas, amenazas y palabrotas. Luego la pequeña comenzó a temblar y después, más golpes que pronto rasgaron su carne. Me apoderé de un puñado de varas que estaban dentro de una balde con agua y con vinagre para que cobrasen mayor flexibilidad. Dejé caer con fuerza sobre todas las partes que se me ofrecían setenta y siete golpes, siempre eran setenta y siete golpes, que mudaron en bermellón el tierno rosado de aquella fresca piel. La niña lanzaba gritos, gritos penetrantes que desgarraban, y esto, sólo yo lo sabía, ¡cómo me encendía! Se acrecentaba mi furor. Acerqué mis manos a las partes maltrechas, las toqué, las oprimí, las escupí, la asalté nuevamente con otra hondonada de latigazos que la volvieron a hacer estremecer. Fluía la sangre, me deleitaba contemplando la prueba de mi ferocidad.

Mereces ser castigada mucho más aún, y lo serás. Liberé con aquella chiquilla todos los límites del pudor, todo me interesó, nada quedó excluido, los velos se levantaban, todo se palpaba indistintamente, la amenazaba, la acariciaba, la besaba, la insultaba; con mis dedos trataba de suscitar en aquella muchacha las voluptuosidades que reclamaba para mi mismo. Demasiado seguro de las titilaciones que me provocaba, avancé para hacerle recoger el homenaje y sus labios fueron el templo que yo me brindé.

Todo empezó otra vez. La obligué a que con sus manos me excitara, luego entreabrí sus piernitas, mis besos las recorrieron, mi lengua se hundió. Desapareció en ella. Ebrio de ferocidad, tomé las fustas, castigué, poseí, blasfemé. Todo terminó cuando lancé los chorros espumantes de mi llama sobre las partes maltratadas”.

A Justa Jorgelina le marcaron a fuego que la Iglesia es un cuerpo, y que ninguno de sus miembros debe avergonzarse de otro (1 Cor 12,23); que Pablo lleva en sí el oprobio de Cristo (Heb 11,26), que llevó el nuestro y no se avergonzó de llamarnos hermanos (Heb 2,11) Tal es la base de esta concepción de la caridad. Ella sabe que debe aplicar aquí la misma regla, es obvio que el padre Nicolás también, ninguno de los dos debería intentar desprecio alguno.

(De nuevo Teodoro) “Entrada la tarde, mientras tomábamos el mate, se escuchó el rechinar característico del Falcon. *Traen carne para divertir al sargento* decían los chicos que ya se empezaban a excitar. Recuerdo muy bien este episodio porque finalmente matamos a ese convencido luchador. Fue casi tácito el acuerdo: el método del cortador de frenillo. Colocamos el cuerpo en posición vertical y sujetamos la cabeza imposibilitando totalmente cualquier movimiento por mínimo que sea. Una vez logrado esto, colocamos el artefacto en la boca. Explico: el aparato consta de un dilataador mandibular, un regulador de apertura de hocico y un símil de hoja de afeitar desafilada que se traba en el frenillo produciendo la imposibilidad de éste de volver a su posición habitual, con el tiempo la naturaleza de las cosas comienza a manifestarse y el frenillo empuja y comienza a cuartearse provocando, según dicen y según he podido constatar, hondos dolores y más profundos aún combates internos en la psiquis del corrompido. Esa tarde decidimos usar el frenillo, pero qué lección de vida que nos dieron. No sucumbió ante el frenillo, ni tampoco ante la cama de clavos. No recuerdo su nombre, eso es insignificante, esmirriadito, barba, mala dentadura, el comunista, después nos dimos cuenta que era muy católico, gritaba: “*lo que está siendo inflingido por causa de mi confesión, no son tormentos sino unciones. Viva Nuestro Señor Jesucristo, que descenderá para hacer justicia*”.

Y más voltaje le dabamos a los clavos de la cama electrificada, corriente pareja e intensa en todo el cuerpo, ¿me entiende?. Y la pequeña bestiecita, desafiante, nos decía: (provocando la risa de algunos) “*el mundo que Dios prometió, que ni un ojo vio ni oído oyó jamás, es tan real, tan verdadero, tan plenificador, que ninguna muerte por más violenta, ningún suplicio por más refinado e inhumano que se presente, es sufrido como destructor. Tal actitud libre y liberadora los exaspera, viles agentes del sistema, los deja estupefactos y pasmados. Sé que me admiran incapaces de comprender... esbirros y fuerzas de represión no pueden reprimirme, no pueden destruir*

esta dimensión de alegría y sentido. Esto los derrota y los destruye moralmente”.

(Continúa Teodoro) “Por desconcierto o por no sé que cosa, mandé a buscar a los hijos del desafiante, y mandé buscar también a los dotados, los sexualmente dotados, ¿me entiende? Una vez reunidos todos, hice entrar al hijo mayor del desafiante, tendría unos quince años. Boca abajo, en un colchón viejo, en la celda más apartada comencé amarrándole los brazos detrás de la espalda, y luego, y por alrededor de su cuello pasé un cordón encerado, cuyos dos cabos, al ser manejados por mí, podían, tirando a voluntad, apretarle la garganta y mandarlo al otro mundo cuando yo quisiera, poco a poco o bruscamente. Este tormento es más dulce de lo que crees, le dije. Sentirás la muerte con inefables sensaciones de placer, la presión que esta cuerda ejercerá sobre la masa de tus nervios pondrá fuego en los órganos de la voluptuosidad, es de efecto seguro. Si toda la gente condenada a este suplicio supiera con qué embriaguez hace morir, menos asustada estaría de ellos que de sus crímenes. Esta deliciosa operación comprimiendo también el local donde voy a colocarme, doblará mis placeres. Inútilmente trataba de abrirme paso, por más que preparaba el camino, el púber estaba demasiado cerrado, y mis ataques eran siempre rechazados. ¡Ah! Cómo me enfurecí. Mi furor no reconocía límites, ora mis uñas, ora mis manos, sirvieron para vengar las resistencias que imponía la naturaleza. Me presenté de nuevo, y mi espada de fuego, mi puñal de la concupiscencia se deslizó, y con el vigor del empuje penetró en él hasta la mitad. ¡Oh! ¡Gloria! Lanzó un grito, que fue música, el húmedo dardo se hundió y lo desgarró, aprovechando el éxito de aquella primera sacudida, mis esfuerzos se hicieron más violentos, ganaba terreno, a medida que avanzaba, el fatal cordón con el que había rodeado su cuello se cerró. Lanzaba espantosos aullidos muy feroces, me divertían, los redoblaba, sujetaba, aflojaba, blasfemaba, me reía, lo escupía, golpeaba tanto a los objetos a mi alcance como a su indefenso cuerpo, sus alaridos agudos me enardecían, y la embriaguez estaba presta a apoderarse de mí, las compresiones del cordón se modulaban de acuerdo con los grados de mi placer; poco a poco su voz se extinguía; el apretamiento era tan fuerte que poco a poco sus sentidos se debilitaban, a pesar del horrible estado en el que se encontraba, reaccionaba al sentirse inundado por los chorros de mi lujuria, yo gritaba al arrojarlos: ateo, cruel, impío, sodomita, incestuoso, vindicador, hipócrita. El lloraba al recibirlos, lloraba totalmente derrotado. Después sería el turno de los dotados.

Permítanme que les narre con lujos de detalles aquello, ya que en esa oportunidad yo sólo fui espectador.

Aquellos lo hicieron colocar de pie en un ancho sillón, con los codos atados sobre el respaldo y las rodillas sobre los brazos, y todo el trasero inclinado hacia ellos. Apenas se encontró en esa posición, se quitaron los pantalones y se quedaron desnudos de la cintura para abajo. El primero se inclinó sobre el sillón en donde se encontraba la víctima, de modo que sus nalgas separadas se situaban a la altura de su boca, las besó y su lengua se introdujo. Luego gozó de él cuando hundió su horrible miembro en el reducto que se le ofrecía, gozaba y no se retiró hasta que el incienso no hubiera humedecido el santuario. A su gozo lo demostraba con estertores semejantes a los del humano que expira envuelto en el más atroz y doloroso de los sufrimientos. Luego se escucharon espantosas blasfemias, que iban desde el extravío y la rabia, hasta la proterva y la ferocidad.

Los dos libertinos inclinados sobre la víctima, abofeteaban alternativamente su rostro. El pobre nunca podría haber imaginado que suplicarles, en el estado en que estaban, sólo serviría para inflamarlos más. Y fue así que lo colocaron sobre una banqueta que no tenía más de treinta y cinco centímetros de diámetro, allí, y sin otro punto de apoyo, sus piernas caían hacia un lado y su cabeza y sus brazos hacia el otro, las cuatro extremidades fueron fijadas sobre el suelo, lo más separadas posibles. El verdugo, puesto que pretendía estrechar los caminos se armó de aguja e hilo encerado y, sin preocuparse por los dolores que iba a causarle y frente a su amigo, y frente a mí, muy regocijado en tal espectáculo, cerraba con una costura el indecente altar de Sodoma. A esa altura me encontraba con la más violenta erección y uno de los dotados frotaba mi miembro para mantenerla. El otro lo ataba inflamado por las resistencias que encontraba, empujaba con desalmado vigor, los hilos se rompían y cuanto más vivos eran sus dolores más intensos parecían los placeres del perseguidor. Todo cedía al fin, y había sido desgarrado. El centelleante dardo había llegado al fondo, pero como me respetaban mucho y administraban bien sus fuerzas, se retiró sin consumir ninguna entrega. Le ordené entonces, introducirle una bola argentada del tamaño de un huevo, la hundió a fuerza de pomada, y apenas había penetrado en su cuerpo ya notábamos cómo se hinchaba aquella pelota y cómo comenzaba a quemarle. Se respiraba el dolor. Fui yo quien se presentó y con dos vigorosos meneos me coloqué en el santuario y consumé en él un convulsivo sacrificio.

Posteriormente y dirigiéndome a su padre, que lloraba desconsoladamente, intenté explicarle que ni la ley, ni la razón, ni la religión acabarían con aquella fuerza loca y devastadora que era el instinto. Y recuerdo que me salió un sentido grito del fondo del alma: “¡Viva la patria, carajo!” Y agregué aquella vez: “acá todos estamos hartos de la novela normal en donde la virtud triunfa y el mal es castigado. Acá se ha invertido la obstinada inclinación del asceta, a saber, despreciar por instinto lo que es indiscutiblemente agradable”.

“Debes saber que todo se puede perdonar. La fe cristiana supone la fundamental convicción de que nada en el mundo es fatal, nada es irremisible y totalmente irremediable, sino que todo puede renovarse y que el mundo está destinado a realizar la utopía del Reino de Dios. Pero también debes saber, y eso sería muy bueno, que el Reino no viene a título gratuito, no viene mágicamente, sino dentro del esfuerzo humano que ayuda a gestar el futuro definitivo” -dijo el padre Nicolás un poco perturbado por lo que había oído. Justa Jorgelina Jiavenni, de confesión cristiana apostólica y romana, adherente a la obra de las hermanas Adoratrices y de profesión enfermera, lo mira, y a las lágrimas se las limpia con un pequeño pañuelo.

Ella piensa, de sufrimiento y sacrificio no libra Dios a nadie, como tampoco lo libró a su propio hijo. El mal no está allí para ser comprendido, sino para ser combatido, esta es la conclusión que resulta de la vida narrada de aquellos que ayudaron a dar sentido al sufrimiento, no por una investigación sobre él, sino por una lucha tenaz contra el mismo. Ella evoca aquello que supo marcarle Eicocolia Gitie; ella recuerda, mientras se limpia las lágrimas con un pequeño pañuelo, aquellas palabras: *¡Oh, amigo mío! La prosperidad del crimen es como el rayo, cuyos engañosos fuegos solo embellecen un instante la atmósfera para precipitar en los abismos de la muerte al infeliz a quien han deslumbrado.*

Según el padre Nicolás, es una ingenuidad pensar que hemos hecho una opción cristiana sin tener que pasar por el camino de la cruz. Dice que San Juan, hablando sobre el dolor que ennoblece, escribió: “A veces me pregunto: ¿hasta cuándo Señor? Y tengo la clara impresión de que El todavía no ha exigido todo lo que yo puedo dar”. Y esto, según el padre Nicolás, porque somos criaturas y en sentido ontológico la esencia de la creación es decadencia. Y a esto, dice él, la escolástica lo intuyó muy bien, el mal metafísico, que no depende del hombre y que además preexiste a él, es un mal

ligado al misterio mismo de la creación. Y esto porque el mundo por el hecho de no ser Dios, es limitado y dependiente, separado y diferente de El. Es imperfecto frente a Su perfección. Y esto porque el mal metafísico es finitud consciente del mundo, limitación que produce sufrimiento. La diferencia entre saber que existe lo infinito y saber también que uno es finito, produce sufrimiento y dolor. Y es ese sufrir, según él, lo que constituye lo esencial en el hombre, su dignidad y homineidad. Es la forma como siente la fugacidad del mundo, de las personas, del amor, y por lo tanto y si no es obstinado, debe abrirse hacia la experiencia de lo Absoluto. Y esto porque en esta perspectiva la muerte es un bien, pertenece a la vida mortal del hombre y constituye la oportunidad de máxima homonización del hombre en Dios. Y esto es así porque el sufrimiento terrícola lejos de ser anticipo de la destructora muerte es medio para intensificar la liberación de nosotros mismos y de nuestra libertad para la libertad que es Dios. Y es así como el sufrimiento y el mal ontológico se erigen como “semillero de esperanza” orientando al hombre a la completa liberación. Y todo esto porque Jesús al resucitar demostró que tiene poder sobre la dimensión sombría del pecado y de la muerte causada por el odio humano: “en el mundo tendréis aflicciones, tened confianza, yo he vencido al mundo” (Jn. 16,33).

Justa Jorgelina Jiavenni, de confesión cristiana apostólica y romana, adherente a la obra de las hermanas Adoratrices y de profesión enfermera, entendió, como nunca antes podría haberlo hecho, que el mal del mundo no es un problema sino un misterio inaccesible a la razón, misterio tan profundo como el misterio de la libertad que se manifiesta ya como amor, ya como odio. Que el mal es un “todavía no”. Que el pecado es el negarse a crecer, a desarrollarse, a superar imperfecciones, negarse a colaborar con Dios para que la creación sea no sólo de Dios, sino también del esfuerzo humano. Que el sufrimiento no puede ser el dato focal de la historia del amor; por el contrario, Dios es amor y no laceración. Que la muerte de Cristo es un crimen de asesinato político. Que Jesús no tenía que morir en la cruz para manifestar el amor de Dios Padre. Que la muerte es fruto de una vida de fidelidad al Padre. Que el rechazo del padre para con el hijo, significaría un Dios sin amor. Que si en cambio decimos que Dios sufre con nosotros y sufrió en Jesucristo, quiere decir que Dios es solidario con los que sufren, sufriendo El también. Que en cuanto la creación esté en camino a su identidad (el todavía no), y por eso mismo, no todo el mal ha sido vencido, quiere decir que también Dios está en camino.

Entendió Justa que bien se podría interpretar todo el cristianismo como una victoria del bien sobre el mal, no por la eliminación de éste en la vida presente, ni aún, ¡ay! en la otra, como lo habían soñado ciertos Doctores, sino por su entrada en un orden donde ocupa su lugar y ejerce su función.

Con disimulado encono, el padre Nicolás ilustra: “El cristiano no es un estoico que se deja acontecer y asiste impasible a la propagación de los males del mundo. Dios no envía el dolor como castigo ni como prueba de obediencia, El no atormenta, obvio que no es sádico. El quiere nuestra lucha contra el dolor. Es el dolor que nace de la lucha contra ese Dolor, digno y querido por El. No porque quiera algún tipo de dolor, sino porque quiere nuestra lucha, nuestro esfuerzo. *Quien no llora, no tiene necesidad de utopía, pero para quien solamente llora, Dios es mudo para él.* El hombre debe asumir y superar el desafío del dolor produciendo amor. Ningún cuerpo debe ser flagelado nunca, ¡cómo no advertir que el cuerpo es templo del espíritu santo, es su lugar de residencia! Dios asumió el camino del dolor humano, no para eternizarlo sino para suprimirlo. La forma como lo quiere suprimir no es mediante la fuerza y la dominación sino mediante el amor. Dios no es estático ni apático (que no sufre), es vivo y patético (que tiene pathos y puede sufrir)

El cristianismo comenzó siendo una religión de marginados, pero no para eternizar la situación, sino para superarla. No debemos proyectar en Dios los mecanismos generadores de dolor, de cruz, de división o de odio entre los hombres. Si Dios mismo sufre en su esencia, si Dios odia, si Dios crucifica, entonces no tenemos salvación. Se entiende el mal, su peso y su superación, no especulando sobre él, sino asumiendo una práctica de combate y de creación del bien y de las causas que producen amor. Dios ama, puede ser correspondido o rechazado. El amor solamente se da en la libertad y en el encuentro de dos libertades.”

(Continúa Nicolás) “Siempre en nombre de experiencias propias, otros detestan el perdón, como expresión de una piedad o de una deuda religiosa insoportable. No ven que el perdón nos devuelve también a un presente vivo, nos libera del peso del pasado como de la angustia del futuro, porque rompe la ley de la deuda, en una sociedad en la que esta última todo lo mide y en la que todo será calculado. El perdón es un hecho Universal, una obligación tan común para la sociedad como la obligación de dar, de recibir y de intercambiar. En el centro de todas las culturas se encuentra una forma

específica de perdón, todas y para sobrevivir han tenido que inventar su noción de perdón.

Junto con sí, no y gracias, perdón es una de las primeras palabras con que nos encontramos en un idioma. Estas simples palabras designan entre las cuatro todo el espacio de la vida moral. El perdón no es algo exclusivo de la religión, menos de nuestra Iglesia”.

Ella se pregunta: ¿Si pretendemos restablecer la reciprocidad a cualquier precio, no nos engañamos sobre la posibilidad de reparar? ¿No convertimos el perdón en una máquina de reconciliar, de resolver todas las deudas? ¿No existen deudas impagables? ¿Podemos creer hasta el final que los hombres sufren solamente por su maldad? ¿No son globalmente más malvados que desgraciados?

Ella prefiere concluir, antes de buscar respuestas, imperdonable en la arqueología de las sociedades y en el destino de las existencias puede ser también la negativa a perdonar, y la incapacidad para convertir el perdón en una palabra poética que nos da un nombre nuevo a cada uno de nosotros. Además a ella le enseñaron que no existe crimen ni delito cuando el homicidio, las lesiones y los golpes hayan sido ordenados por la autoridad legítima.

A ella le remarcaron sus maestros que al perdón hay que entenderlo en términos biológicos, o sea, como mecanismo que nos permite sobrevivir, a nosotros mismos y a la sociedad. A ella le remarcaron bien que muchas veces hay que pasar por el perdón para poder pasar a otra etapa. “No existen otras salidas” Ella se pregunta: ¿Entonces el perdón no se convierte en un simple metabolismo funcional, que como el olvido sólo tiene funciones regeneradoras? Ella asume que ya no hay valores simbólicos. Ella asume que el perdón se convierte en tolerancia, la virtud democrática por excelencia, especie de ecología protectora de todas las diferencias, de demagogia psicológica, por la cual se tolera todo, hasta lo más inaceptable. Perdonar para vivir.

Antes de dar vuelta la página ella se permite otra duda ¿No habría que reservar un territorio para lo imperdonable, en el que empezarían a afirmarse los derechos y la memoria de la humanidad? No tarda en responderse: cuando el hombre o la sociedad se niega a perdonar, la diferencia es aún más clara: el hombre se venga y la sociedad sanciona.

Un tanto extraviado, los manos transpiradas, el padre Nicolás dice: “Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la Vida eterna. Por mi amor, que es el de El, te excluyo de ese tiempo de tu historia, te tomo por un niño, lo que quiere decir que reconozco los resortes inconscientes de tus crímenes, permitiéndote transformarte gracias al amor y al perdón que descubren las potencialidades regeneradoras propias de la gratificación”.

“Llenos de fe imploremos a Dios, nuestro Padre, por nuestro hermano Teodoro:

Tú, que soportaste nuestros sufrimientos y participaste de nuestros dolores, Señor ten piedad de nosotros.

Tú, que te compadeciste de la gente y pasaste devolviendo salud a los enfermos, Cristo, ten piedad de nosotros.

Tú, que ordenaste a los Apóstoles imponer las manos sobre los enfermos, señor, ten piedad de nosotros”.

Ella estudió que el aceite es, con el trigo y el vino, uno de los alimentos esenciales con que Dios sacia a su pueblo fiel (Dt 11,14) Que el aceite es signo de la bendición divina, el olivo reverdeciente es símbolo del justo bendecido por Dios. El aceite de oliva debe ser bendecido especialmente para ello por el obispo en la bendición del óleo, que de ordinario se realiza el jueves santo, aunque en caso de verdadera necesidad puede cualquier presbítero bendecir el aceite, pero luego del rito, si sobra óleo bendito debe empaparse un algodón y quemarse la sobra. Si es el bendecido por el obispo debe guardarse después del rito con cuidado y respeto.

Ella estudió que los santos óleos comunican al cristiano la gracia multi-forme del Espíritu Santo, que son signo de alegría o gozo pues dan resplandor al rostro. Por eso derramar aceite sobre la cabeza de alguien significa desearle felicidad y darle una prueba de amistad y honor.

Luego el padre Nicolás impone las manos sobre la cabeza de Teodoro, enfermo, sin decirle nada; y como el óleo ya está bendito, inmediatamente toma el óleo sagrado y lo unge en la frente y en las manos, diciendo una sola vez:

“Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que te libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén”.

Luego de algunos gestos de rigor, la mirada perdida en el crucifijo: “Dios Padre misericordioso, consuelo de los que sufren, mira bondadosamente a Teodoro, tu hijo, que pone en ti toda esperanza, y haz que, en estos momentos en que se siente oprimido por el dolor y la angustia, encuentre en la santa Unción alivio para sus sufrimientos y que, fortalecido con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, este sacramento le sea de Viático para su paso a la Vida Eterna. Por Cristo nuestro Señor. Amén”.

Inmediatamente después, muestra el Santísimo Sacramento, Justa Jorgelina Jiavenni, de confesión cristiana apostólica y romana, adherente a la obra de las hermanas Adoratrices y de profesión enfermera, lo mira. Ella cree que la gracia es un don supremo de Dios. Promesa de Dios y esperanza del hombre. A ella le enseñaron que en Dios la gracia es generosidad, misericordia, fidelidad, solidez inquebrantable ante los compromisos y justicia. A ella le enseñaron que en el hombre, esta gracia sólo se recibe por la fe, única capaz de reconocerla y acogerla, pero la misma fe es fruto de la gracia. A ella le enseñaron que la obediencia también es gracia, que lejos de ser una sujeción que se soporta y una sumisión pasiva, es una libre adhesión (“*aquí esta la gracia*” les decía el catequista) al designio de Dios encerrado en el misterio pero propuesto por la fe como algo que permite hacer toda una vida al servicio de Dios entrando de esta manera en su gozo. Muestra el padre Nicolás el Santísimo Sacramento y dice: “este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Felices los invitados a la Cena del Señor”.

El Sr. Teodoro, de familia cristiana, apostólica y romana, de profesión militar junta fuerzas para leer del manual: “Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”.

Con tono paternal, replícale el párroco: “¿Crees en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra? ¿Crees en Jesucristo su único hijo, nuestro Señor que nació de Santa María Virgen, murió y fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre? ¿Crees en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna?”

“Sí creo”, responde el Sr. Teodoro, de familia cristiana, apostólica y romana y de profesión militar.

Entonces, continúa diciendo el párroco: “por los Santos Misterios de nuestra Redención, Dios todopoderoso te perdone todo lo que tendrías que

expiar a causa de tus pecados, te abra las puertas del Cielo y te conduzca a la felicidad eterna”.

Acercándose el plenipotenciario al enfermo y teniendo la hostia un tanto levantada dice: “El Cuerpo de Cristo” (el enfermo responde Amén). Y repite con palabras y gestos muy sentidos: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Felices los invitados a la Cena del Señor”. Y administra la comunión.

El padre Nicolás luego de un período prudencial de tiempo reza muy pausadamente, parecería que las palabras se le van cayendo muy lentamente: “Lavados de las manchas del hombre viejo, te pedimos señor, que el sacrificio que hemos recibido nos transforme en nueva creatura. Por Jesucristo nuestro Señor, que desciende hasta vos y os acompaña siempre. Amén”.

Al percibir que el Sr. Teodoro, de familia cristiana, apostólica y romana y de profesión militar, todavía está consciente y percatándose el cura Nicolás de lo gratificante y constructiva que puede ser una lectura, se le viene a la mente aquella que habla de la muerte.

Dice: “Dos experiencias distintas, pensamiento amargo para quien goza de los bienes de la existencia, pero perspectiva deseable para quien se ve agobiado por la vida, mientras que Ezequías llora por su muerte muy próxima (2re 20,2s), Job la llama a grandes gritos (Job 6,9; 7,15) Cuando éramos cautivos del pecado, entonces estábamos muertos. Como lo dijo Cristo: quien escucha su palabra, pasa de la muerte a la vida (Jn 5,24) quien cree en él no tiene que temer a la muerte: aunque haya muerto, vivirá (Jn 11,25).

Tal es la ganancia que ofrece la fe. Por el contrario quien no crea morirá en sus pecados. Por eso para el cristiano morir es en definitiva una ganancia, puesto que Cristo es su vida. Su condición presente, es para él agobiante: preferiría dejarla para ir a morar junto al Señor (2 Cor 5,8) , tiene prisa por revestirse del vestido de gloria de los resucitados, para que lo que hay en él de mortal sea absorbido por la vida (2 Cor 5, 1-49) Desea partir para estar con Cristo (Flp 1,23)”.

El Sr. Teodoro, de familia cristiana, apostólica y romana y de profesión militar cierra sus ojos, parece que reflexionó esto antes de morir: “recuerda muy bien lo que tú has hecho, tú has sido condenado por haber hecho eso, te ha beneficiado la ley de obediencia debida pero has sido condenado. Recuérdalo. Yo no puedo haber hecho eso, responde orgulloso, yo he sido un Reorganizador Nacional”.

Al final la memoria ha cedido.

Primer epílogo

Nicolás, el alma perturbada, el rostro endurecido, la expresión sobria, - la milicia de Cristo es discreta, sólo el ejército del diablo se comporta groseramente- piensa mientras camina de regreso a su iglesia, la Iglesia de Nuestro Sagrado Corazón Sangrante de Jesús de Nazaret, sube las escalinatas y entra abriendo una pequeña puerta empotrada en otra muy grande de madera y tallada hábilmente. Una vez frente al crucificado, en el altar mayor, se arrodilla, y disponiendo todas sus gesticulaciones en la triple y buena dirección de lo alto, lo interior y lo moderado comienza a rezar en voz tan baja como indescifrable.

Una vez terminadas sus devotas plegarias, los ojos vidriosos, va en búsqueda del padre Gerardo Terrenimes, autoridad moral de la congregación. Es su deseo más ferviente, el deseo de confesarse.

(Nicolás) “¿Puede un hombre escapar al conjunto de normas morales y espirituales que dan sentido a su vida?” (Gerardo) “No es lo común; reyes, obispos y sacerdotes, patronos y padres insisten, han insistido e insistirán en que la obediencia es una virtud y la desobediencia es un vicio”. Y agrega Terrenimes, “la historia humana misma se malogró precisamente con un acto de desobediencia, el pecado original condenó al hombre a abandonar el jardín que se le había preparado. No existe un solo elemento en nuestras vidas de monjes que escape a la relación fundamental y permanente de obediencia total al Maestro. La obediencia es un control completo de la conducta por parte de El, es deseable, apetecible y un estado final de autonomía. Es el sacrificio del deseo propio lo que nos permitirá Su contemplación. Es nuestra obligación dirigir continuamente los pensamientos hacia aquella finalidad que es Dios y cerciorarnos de que nuestro corazón se halla suficientemente puro como para ver a Dios. La meta es la contemplación permanente de Dios.”

(Nuevamente Nicolás) “¿Es entonces el estado moral de un hombre un estado de paz, de tranquilidad y de docilidad mientras que su estado inmoral es un estado de movimiento perpetuo que lo acerca a la insurrección?”

(Gerardo) “Pecado contra el orden calculado por El sería participar de lo segundo. No tendrías que tener dudas a ese respecto, mientras obedezcas al poder de la iglesia y al mandato de la continencia y circunspección obtendrás por ello total seguridad; ser moderado y obediente te hará participar del plan. La movilidad de espíritu permanente es señal de debilidad. Dis-

trae de la contemplación. Debemos eliminar los movimientos del espíritu que le apartan a uno de Dios. ¿Y si cometes errores? No importa, todo se absorbe, tus errores te serán perdonados y el perdón le devolverá el sentido a tu existencia”.

Nicolás, cauto y buscando no desagradar, pregunta: “¿Pero, puede el culpable plantearse elevadas exigencias penitenciales para indultar sus excesos, sin exponerse al reproche de facilitarse demasiado las cosas?”. “Ese es un juicio que le corresponde a Él, no a nosotros”, responde el Obispo. Y agrega: “el cristianismo es una religión de salvación, debe conducirnos de una realidad a otra, del tiempo a la eternidad. El cristianismo es una religión confesional, impone obligaciones, que gustosos aceptamos, obligaciones de verdad y dogma. Debemos aceptar el libro como verdad permanente, debemos aceptar las decisiones en materia de verdad y además, debemos demostrar objetivamente, en cada acto de nuestra cotidianeidad que creemos y aceptamos sus decretos. Además uno debe mostrar sus heridas para ser curado. Además uno siempre aplaca a su juez confesando las faltas”.

Nicolás (casi conociendo la respuesta): “¿Coexisten en el hombre, una inclinación inmanente, que tiene por ello su base en el organismo y cuyo círculo de acción se encuentra, por lo mismo estrechamente limitado, y una inclinación trascendente, que representa la realidad más alta que podemos conocer?”

(El Obispo enuncia la respuesta esperada) “Sería muy sabio de tu parte predicar a todo aquel que te escuche trascendental verdad”.

(Nicolás) “¿Existe un mandato esencial de renuncia y de vergüenza que nos obliga a rechazar no sólo la conducta sino la tentación misma que se percibe a veces en el fuero más íntimo?”

(Gerardo) “Debe existir, sino ¿en dónde encontrará el hombre recursos simbólicos que le permitan abordar la cuestión del mal y afrontarla como maldad subjetiva, como ese algo extraño e inquietante que anida en el corazón de su ser? (respondiéndose él mismo) La modernidad vive bajo el signo de la muerte de Dios, no podemos negar eso, pero ello no quiere decir que las creencias religiosas hayan desaparecido. El conflicto afecta a la visión moral del mundo, puesto que, tradicionalmente, las diversas morales se han enraizado en el conjunto de una concepción religiosa. Al desprenderse de las mismas la moral ha ido a buscar nuevas fuentes de legitimación y de inspiración. Pero la pérdida de la matriz religiosa les ha planteado proble-

mas que no deben ni pueden eludir, ni tampoco resolver”. (Esto último lo dice con mucha e inapropiada ironía.)

Nicolás (venciendo el temor a desagradar) “¿No será el perdón una forma de transformar una necesidad en una virtud?”

“Es obvio que no, el perdón es un don. No nos cabe insistir en este tema”, y vuelve a preguntar el Obispo Terrenimes, “¿en dónde encontraría el hombre recursos simbólicos que le permitan abordar la cuestión del mal y afrontarla como maldad subjetiva, como ese algo extraño e inquietante que anida en el corazón de su ser?”.

Segundo epílogo

Me han enseñado a entender lo real mediante el recurso constante a un principio exterior que a veces lleva el nombre de idea, otras veces espíritu. También lo llamamos Dios. Estas ideas han sabido fundamentar, explicar y justificar lo irreal con genio envidiable. La historia de los excesos de Teodoro muestra cómo un motivo esencial del pensamiento occidental ha sido justificar esperanzas desacreditando evidencias. Este principio exterior ha podido siempre sortear la experiencia empírica e individual.

Resulta innegable que la realidad, al no poder explicarse por ella misma, siempre será en cierto modo ininteligible, mas ser inaccesible no puede equivaler a ser irreal, lo mismo que una mujer o un hombre de comportamiento indescifrable no equivale a una mujer o un hombre que no existe, como lo enseña a diario la más trivial experiencia de convivencia.

El rechazo a lo real y a lo puramente sensible no tiene su origen en el hecho de que la realidad sea inexplicable, sino más bien en el hecho de que sea cruel y dolorosa y por lo tanto constituya un riesgo permanente de angustia, y de angustia intolerable. Baste aquí mencionar el carácter insignificante, efímero, único, irremediable e inapelable de todas las cosas.

La conciencia de lo real provoca una invención imaginaria, que luego se transforma en real, (cómo no va a suceder algo en lo que se insiste durante miles de años), compensando así la justificada y deprimente conciencia del hombre, conciencia de su propia flaqueza, fragilidad, incertidumbre y finitud.

Producto de ese rechazo a lo real que se constituye como motor de angustia permanente, resulta muy difícil y a veces hasta repulsivo abordar problemáticas que tengan que ver con violentas manifestaciones de volun-

tad de poder. Si es muy difícil “querer conocer” qué cosa es realmente el hombre, es más difícil aún, “poder conocerlo”.

Ahora bien, la realidad considerada como única y suficiente, desborda tanto a la facultad humana de comprender como a la de ser afectado. Si bien la facultad intelectual de comprender y la facultad psicológica de aceptar están limitadas en el hombre y, en definitiva, ambas son muy frágiles, la limitación de la segunda pesa infinitamente más que la primera.

En tanto que incomprensible, la realidad sólo es un estorbo que ocasionalmente irrita al espíritu con un simple y pasajero estado de perplejidad sin obstaculizar el desarrollo normal de la vida. Sucede que cuando alguien descubre que está en contradicción con lo real, y debe encontrar respuesta a esa angustia profundamente dolorosa, se contenta la mayoría de las veces con un dudoso compromiso que aplazará todo juicio hasta una más amplia información, juicio que eternamente se dejará para más tarde.

Algo muy distinto puede suceder con la realidad desde el momento en que ésta se experimenta de un modo intensamente doloroso.

En caso de conflicto grave con lo real, el hombre presiente instintivamente que la aceptación de “eso” que lo perturba sobrepasaría sus fuerzas y pondría en peligro su misma existencia. Se ve conducido entonces a tener que decidirse en el acto, bien a favor de lo otro, bien a favor de sí mismo.

Normalmente se otorga la preferencia a uno mismo condenando de este modo lo real. También se puede, es cierto, otorgar la preferencia a lo real, caso del suicidio. Resistencia, en el sentido eléctrico del término, que salta ante el paso de una corriente demasiado fuerte.

La aceptación de lo real supone, entonces, bien la ingenuidad del principio exterior que todo lo aclara, o bien una conciencia que fuese capaz de conocer lo peor y capaz también de no ser afectada mortalmente por ese conocimiento. Cosa aparentemente imposible esto último, cosa totalmente cotidiana lo primero.

Lamentablemente, el conocimiento constituye para el hombre una fatalidad y una especie de maldición ya reconocidas en el Génesis 27,28 (no comerás del árbol de la ciencia), pero al ser inevitable (imposible ignorar por completo lo que se sabe) y, a la vez, inadmisibles (es igualmente imposible admitirlo por completo), condena al hombre al conocimiento de una verdad a la que es incapaz de hacer frente.

Por lo tanto encontramos un hombre provisto de ciertas capacidades para conocer, pero a la vez, totalmente desprovisto de recursos psicológicos para hacer frente a ese saber.

En realidad lo que hacemos es mantener a raya la verdad. ¿De qué manera? Tomándola siempre al revés. La principal intención no consiste en revelar la verdad al hombre, sino más bien, hacer que la olvide. Lo moral no está en absoluto contra lo inmoral, lo injusto o lo escandaloso, sino más bien contra lo real, única y verdadera fuente de todo escándalo.

El ardid de la tradición ha consistido en presentar constantemente como despreciable e indigno del hombre lo que, por el contrario, constituye su más elevada y difícil tarea, adaptarse a lo real, encontrar su satisfacción y su destino en el mundo sensible y perecedero.

Tengamos muy presente que si hay una facultad humana desarrollada más que ninguna otra, es sin duda la aptitud particularísima a resistirse a toda información exterior en cuanto ésta no concuerde con el orden impuesto por sus previsiones y sus deseos. Si es preciso y la realidad se obstina, nos veremos obligados a rechazar percepciones, interrumpiendo así todo tipo de controversia y cerrando el debate naturalmente en detrimento de lo real.

Una vez más el repliegue sistemático hacia lo imaginario.

Tercer epílogo

El perdón de las transgresiones a partir de un indulto es una costumbre considerada como garante de una paz social que se desea porque no se posee. Se podría hablar más de olvido impuesto. Tengamos en cuenta por un momento la amargura de las víctimas.

Esta forma de perdón jurídico engendra además otros efectos perversos. En primer lugar se impone incluso a aquellos que lo quieren rechazar, signo manifiesto de que este tipo de perdón actúa en interés de terceros y no del perdonado. En segundo término, enuncia una especie de presunción de culpabilidad imposible de apelar (se les niega el derecho a aportar la prueba de su inocencia). Y siempre habrá algún inocente en medio de tanta devastación. En último término porque el indulto como fundamento de la paz pública hace imposibles tanto la memoria de la gravedad de lo acontecido como la apreciación de dicha realidad.

Respecto a la tortura, no nos sirven como respuesta, ni el gozo de aquellos que infligen los tormentos, ni el perdón vacío de la liturgia ni mucho menos la locura de su versión laica en un indulto. Absolución ésta como gracia del jefe, que dispone que el culpable no será castigado, que queda al margen de las acciones judiciales, que está pues perdonado.

Como respuesta a la angustia que despierta el indulto, algunos intentan ir ampliando poco a poco el límite de lo imperdonable. Lo hacen con la ilusión que los autores potenciales de este tipo de actos se disuadan: “no podrán contar siempre con la protección de algún pacificador Nacional”.

Cuarto epílogo

No hay naturaleza, ni esencia, ni condiciones universales para el conocimiento, éste es cada vez el resultado histórico y puntual de condiciones de distintos órdenes. Por eso encuentro meritoria cierta inclinación hacia lo incierto, que por tal carácter, no posee en definitiva más ventaja que la virtud de cuestionar, ya que no buscará, bajo ningún pretexto, procurar certidumbre alguna. Sí procuraría, en cambio, protección contra el conjunto de gérmenes portadores de ilusión y de locura.

Comprender, para nuestra época, no es más que un cierto juego, o mejor, el resultado de cierto juego: compensación entre reír, deplorar y detestar. Estos tres impulsos tienen en común el no ser una manera de aproximarse al objeto, de identificarse con él, sino de conservarlo a distancia, de diferenciarse o de romper con él, de protegerse de él por la risa, desvalorizarlo por la deploración, y finalmente destruirlo por el odio.

Por detrás del conocimiento hay una voluntad sin duda oscura, disposición muy difícil de desenmascarar; constancia, no de traer el objeto para sí, para asimilarlo, sino todo lo contrario, de alejarse de él y destruirlo. Maldad radical del conocimiento.

Así, discurrimos en el interior de un pensamiento anónimo y constrictor que es el de una época y el de su lenguaje, que es nuestro pensar, y es el lugar de donde extraemos sentido a todas nuestras expectativas. Discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales y filantrópicas, delimitan el mundo de lo que podemos pensar, experimentar y esperar.

La intolerancia hacia lo incierto nos arrastra la mayor de las veces a agarrarnos de miserables certidumbres. Y esto se puede explicar porque la necesidad de claridad es un componente metafísico de nuestra mentalidad.

Nuestro cuerpo y nuestra fuerza, se relacionan con la sociedad a través de su utilidad, su docilidad y su sumisión. Si bien el cuerpo es estudiado desde la medicina y otras ciencias auxiliares, habría que estudiarlo inmerso en lo político, entendiendo por político las relaciones de poder que en él operan, que lo cercan, lo doman y lo obligan a ciertas ceremonias.

Hemos llegamos al tal punto de domesticación que hablamos creyéndonos sujetos totalmente autónomos. Aquí habría que sincerarse. Hablaríamos por nosotros mismos sólo si nos sometiéramos al más severo ejercicio de despersonalización, hablaríamos por nosotros mismos si lográsemos abrirnos a innumerables experiencias que nos atravesaran de pies a cabeza, hablaríamos por nosotros mismos entregándonos a las intensidades que por nosotros podrían fluir. Y finalmente hablaríamos por nosotros mismos arrojándonos a la exploración sin inhibiciones de una variedad infinita de posturas y situaciones.

Quizás no esté demás aquí que yo cuente una historia que supo narrarme un amigo de mi abuelo que ocasionalmente se enteraba de mis preocupaciones existenciales en un almuerzo familiar. Sentados los dos juntos, no simple circunstancia sino ardid del padre de mi padre, y luego de una larga mirada directa a mis ojos, supo decirme: “a Don Ezequiel Gómez Carrillo, hombre muy docto y de mucho mundo, pudiente y sin convicciones religiosas se le presentó una tarde soleada de noviembre y en una hermosa estancia de su propiedad en las sierras de Calamuchita, Belcebú, príncipe absoluto del Averno y morador rector de los sótanos voluptuosos de la humanidad”.

Le ofreció, como es común en El o él, el conocido negocio de la venta de almas a cambio de la satisfacción de los deseos mundanos más procaces y precoces. Don Ezequiel Gómez Carrillo aceptó de manera tan apacible como la tarde que era muda testigo de la transacción. ¿Qué pidió a cambio? Luego de tomar un largo sorbo de vino tinto, Ariste Sifuentes, amigo del padre de mi padre, y un estudioso de temas relacionados a los fenómenos religiosos, según pude constatar después, me dijo: “lo que pidió Don Ezequiel Gómez Carrillo, hombre tan docto y de mundo, pudiente y sin convicciones religiosas, lo que pretendió de manera tan apacible como la tarde que era

muda testigo de la transacción fue: quiero ser a partir de este momento un ferviente creyente en la Verdad de Nuestro Señor Jesucristo”

Textos: Marques de Sade, *Sistema de la Agresión. Textos filosóficos y políticos*, Tusquets Editores, Barcelona, 1979. *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, Ed. Insurrexit, Bs. As. 1967. Michel Foucault, *Vigilar y Castigar*, Ed. Siglo XXI, México, 1975. *Tecnologías del yo*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996. James Miller, *La pasión de Michel Foucault*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995. Clement Rosset, *El principio de crueldad*, Ed. Pre-textos, Valencia, 1994. Olivier Abel (Ed.) *El perdón*, Ed. Cátedra, Madrid 1992. Eugenio Triás, *El lenguaje del perdón*, Ed Anagrama, Barcelona 1981. Alfred Muller, *El siglo sin Dios*, F.C.E, México, 1975. A.D.Sertilanges, *El problema del mal*, E.P.E.S.A, Madrid, 1951. Bernard Sichère, *Historias del mal*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1996. José Ramos Regidor, *El sacramento de la penitencia*, Ed. Sígueme, Salamanca 1976. L. Pacomio y otros, *Diccionario Teológico Interdisciplinar*, Ed. Sígueme, Salamanca 1982. Pierre Adnés S.I. *La penitencia*, Ed. De Autores Cristianos, Madrid 1981. C. Floristan, y Juan José Tamayo, *Conceptos fundamentales de Pastoral*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1983. Conferencia Episcopal Argentina, *Ritual Romano de los Sacramentos*, Ed. Talleres de la tipografía políglota Vaticana, 1977. C. Vogel, *Penitencia Orden Sagrado*, Ed. Facultad De Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, Bs. As. , 1967. *Práctica Progresiva de la Confesión y de la Dirección según el método de San Ignacio*. Ed. Difusión, Bs. As, 1943. Leonardo Boff, *Pasión de Cristo, Pasión de Mundo*, Ed. Indoamericana Press Service, Bogotá, 1978. Xavier León Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Ed. Herder, Barcelona, 1966. *Sagrada Biblia*, XXII Edición, Ed. Herder, Barcelona, 1991. Camille Dumoulié, *Nietzsche y Artaud. Por una ética de la Crueldad*, Ed. Siglo XXI, México, 1996. Bernard McGinn, *El anticristo. Dos milenios de fascinación humana por el mal* Ed. Paidós, Barcelona, 1997. Georges Minois, *Historia de los infiernos*, Ed. Paidós, Barcelona, 1994. J. Gómez Caffarena (Comp.), *Religión*, Ed. Trotta, Madrid, 1993. O. Guariglia (Comp.), *Cuestiones Morales*, Ed. Trotta, Madrid, 1996. Kenneth Burke, *Retórica de la religión*, F.C.E. México, 1975.